

¿Guerra de las civilizaciones? Crítica a la tesis de Huntington

Jaime de Ojeda

El prestigioso profesor de la Universidad de Harvard, Samuel P. Huntington, director del Instituto Olin de Estudios Estratégicos, publicó en el verano de 1993 en la revista *Foreign Affairs*, un artículo titulado “El choque de civilizaciones” que causó gran sensación y sigue siendo discutido en Estados Unidos.

Huntington expone la tesis de que en el futuro “la fuente fundamental de conflictos (...) no será primordialmente ideológica o económica (...): será predominantemente cultural”. En el nuevo mundo en que estamos entrando, las naciones se alinearán en “grupos de diferentes civilizaciones” que constituirán “las líneas de batalla del futuro”.

La tesis de Huntington es sugestiva, quizá porque en EE UU nunca se había considerado con tanta atención la dimensión cultural de las relaciones internacionales. Durante la guerra de Vietnam, por ejemplo, lo que más sorprendía en EE UU era que hasta quienes más encarnizadamente se oponían a ese desastroso esfuerzo militar, incluso profesores de universidad especializados en Asia, no tenían un conocimiento cabal de lo que Vietnam significaba en términos culturales o políticos, no eran siquiera conscientes de que estaban continuando un conflicto colonial. El único que destacó reiteradas veces este fundamental aspecto, George Kennan, en testimonio prestado ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado presidida por Fulbright, no consiguió siquiera ser citado por la prensa. Lo mismo podemos decir de nuestros días: el conflicto con Irak apenas ha sido acompañado de una comprensión cultural de los problemas del mundo islámico, ni de lo que esta guerra ha significado en el contexto psicológico de Oriente Próximo.

Ahora bien, si el artículo de Huntington contribuye a despertar en EE UU el interés por las dimensiones culturales de los conflictos internacionales, por otro lado oscurece considerablemente su comprensión, partiendo, ante todo, de premisas mal definidas y acabando en conclusiones desorientadas.

Huntington se confunde al intentar definir “culturas” y “civilizaciones”, lo que sucede a cuantos se adentran por el resbaladizo campo de tan peligrosas abstracciones. Acaba decantándose por

Jaime de Ojeda es embajador de España en Washington.

una definición pragmática: “civilización” como grupo social cuya “entidad cultural” condiciona su identidad política, diferenciándolo así, por un lado, de otras civilizaciones y, por otro, de “otras especies” (animales). Esta definición tan amplia suena bien conceptualmente pero no ofrece concreción alguna: parte de la distinción hecha por Toynbee de “21 civilizaciones principales, de las que sólo seis existen en el mundo contemporáneo”. No obstante, para Huntington existen “siete u ocho civilizaciones principales”, a saber: “occidental, confuciana, japonesa, islámica, hindú, eslava-ortodoxa, latinoamericana y posiblemente africana”.

¿En qué se basa para corregirle la plana a Toynbee? No nos da los criterios de su elección: ¿qué constituye una “civilización principal”? ¿Si Japón no tuviese la fuerza económica que tiene, le atribuiría este carácter igual que a la islámica? *A sensu contrario* ¿si la islámica fuese un grupo tan reducido como la japonesa y no tuviese la fuerza del petróleo, le daría la misma importancia que a la japonesa?

Es natural que en la brevedad de un artículo no pueda remontarse a los criterios sumamente complejos y polémicos de lo que constituye una “cultura” o una “civilización”, pero en ese caso tampoco debiera aventurar conclusiones tan categóricas como la que hace al dividir al mundo en esas grandes parcelas. En realidad, lo que está haciendo es un ejercicio de inducción: reconoce en el mundo una serie de grupos políticos distinguidos por la influencia que ejercen, sea por su política, su economía, sus armas o su demografía y atribuye a estos grupos la entidad cultural que le sirva para definirlos como “civilizaciones”. De ahí a atribuir después a su diferente cultura los conflictos que puedan darse entre ellas no hay más que un paso, tan lógico como falaz, como señalaré después.

Mientras tanto, tampoco precisa lo que es cada una de esas “civilizaciones”, tan arriesgadamente identificadas. Por lo pronto, en cada civilización hay “variantes” y “subdivisiones”. La occidental tiene las variedades “europea” y “norteamericana”. En la europea, sin embargo, no caben los países de Europa oriental (a propósito, ¿dónde empieza el Oriente europeo?) que junto con los latinoamericanos no están incluidos en la civilización occidental, pero se “aproximan”. No está claro dónde cae Rusia en este contexto: ¿en el grupo “sin civilizar” de Europa oriental o en esa gregaria civilización “eslavo-ortodoxa”? ¿Estarían en este grupo también naciones tan diferenciadas culturalmente del grupo “eslavo-ortodoxo” como Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Rumanía? Lo mismo ocurre con el mundo islámico, que divide en tres subdivisiones: árabe, turca y malaya. ¿Dónde ha quedado el Magreb, con su componente beréber, tan importante en número y en identidad histórica como el malayo? ¿Qué ocurre con el inmenso mundo islámico en África, de tan profunda significación en ese continente?

Peor todavía parece su definición de una civilización “confuciana”. Puesto que para Huntington Japón tiene la suya propia, esto no deja más que a China, las dos Coreas y quizá también a Taiwán, Hong Kong y Singapur, en su definición de “civilización confuciana”. ¿Incluye también en esta civilización a las importantes colonias chino-confucianas de todo el sureste asiático? Tampoco acaba de decirnos por qué no incluye a Japón que, pese a sus características propias y peculiares, se complace en definirse como confuciano cuando quiere justificar sus diferencias con Occidente.

Por otro lado, calificar al mundo chino y coreano de confuciano, aparte de excluir inexplicablemente a Japón, es una falacia intelectual. Muchos otros factores culturales caracterizan al este asiático de la misma manera que el cristianismo se relaciona con Occidente. Solamente por simetría paradigmática debió de calificar de “oriental” a este grupo cultural. Así pues, sus premisas son confusas y definidas al revés: está induciendo en la realidad internacional grupos de países por la influencia que ejercen, e intenta racionalizar su situación atribuyendo a sus características culturales la definición de una “civilización”.

Después de una definición tan poco fundada de las divisiones de nuestro nuevo mundo, Huntington pasa a exponer su tesis de que en el futuro los conflictos serán causados por sus diferencias culturales. Tendría más sentido que hubiese entrado directamente en esta cuestión en vez de empezar intentando definir a sus protagonistas. Todos comprendemos que hay diferencias culturales en el mundo y podemos estudiar las tesis de Huntington sin perdernos por terrenos tan resbaladizos como el de las definiciones concretas de “civilizaciones” y “culturas”.

Ahora bien, al llegar a este punto, Huntington vuelve a incurrir en generalizaciones bastante confusas. Para empezar, su discurso adolece de un eurocentrismo que sorprende en una tesis de enfoque tan universal. Para Huntington, el mundo moderno, el “sistema internacional moderno”, que aparece con la paz de Westfalia, se ha caracterizado por conflictos predominantemente occidentales: guerras entre reyes y príncipes hasta la Revolución francesa; “conflictos de naciones” a lo largo del siglo XIX hasta la Primera Guerra mundial; “conflicto de ideologías”, “comunismo, fascismo, nazismo y democracia liberal” a través de la Segunda Guerra mundial y la confrontación de las dos superpotencias hasta nuestros días.

Esta evolución mundial ha sido puramente occidental y puede considerarse como una “guerra civil occidental”, pero ahora, anuncia Huntington, “la política internacional sale de su fase occidental para centrarse en la interacción entre las civilizaciones occidental y no occidentales”. En ninguna parte de su artículo explica por qué va a suceder esto; se limita a decirnos que las diferencias culturales son insalvables y de ellas no pueden escapar los

grupos sociales que las soportan; que esas diferencias culturales en el mundo moderno se ven fuertemente estimuladas por los cambios sociales que separan de manera tan radical a los pueblos de su primitiva identidad cultural; y que la globalización del mundo político y económico empuja a unos pueblos contra otros.

A esas causas añade otras que en realidad pertenecen a otra categoría y, concretamente, a la de sus consecuencias: aumenta el regionalismo económico del mundo que se perfila en la formación de bloques culturales y contrasta la occidentalización del mundo entero con los fuertes movimientos anti-occidentales que se observan por doquier.

En realidad, Huntington sólo se fija en la tendencia hacia la formación de bloques regionales económicos que ve facilitados por una comunidad cultural entre sus miembros; por ejemplo, entre China, Corea y Japón, o entre los países islámicos. Cita como prueba de esta tendencia el aumento del comercio interregional, pero olvida la relación que hay entre este incremento y el del comercio mundial, que ha crecido también de manera proporcional. Cita, además, a la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico, al Caricom y a Mercosur, pero olvida su relativa efectividad y, en cambio, sorprende que no saque a relucir al TLC, que Huntington podría haber citado como ejemplo de la regionalización económica que intenta demostrar. Probablemente no lo hace a pesar de la actualidad que tiene el asunto en EE UU, porque se da cuenta de que también es un gran ejemplo de competencia económica y política de "civilizaciones" diferentes, no menos que la fuerte afirmación de una economía de mercados libres que se extiende a todo el hemisferio americano, y cuya tendencia presupone un sistema económico mundial no dividido en bloques excluyentes.

Es también curioso que entre las causas de un conflicto entre "civilizaciones" no incluya siquiera una mención a diferencias étnicas. Sin embargo, en EE UU éstas son mucho más fuertes que las culturales, y de hecho las "civilizaciones" que Huntington predica están también fuertemente marcadas por divisiones étnicas internas.

De la misma manera, alega como prueba de su tesis que en la actualidad las diferencias culturales tienen más fuerza que las ideológicas en la motivación de conflictos internacionales: en la guerra civil española, la población mundial se dividía en simpatías ideológicas, mientras que ahora en Yugoslavia lo está por razones culturales (los occidentales se inclinan por los serbios y croatas, mientras que los islámicos lo hacen por los bosnios musulmanes). Igualmente señala la influencia que Turquía, por razones culturales, está extendiendo por Asia central y acaba augurando que también por razones culturales, los conflictos intrarregionales serán menos violentos y más fáciles de resolver que los que se produzcan entre "civilizaciones" diferentes. Finalmente, Huntington lle-

ga a su tesis: el mundo occidental va a ser fuertemente atacado por el no occidental. Las civilizaciones no occidentales, como la confuciana o la islámica, están denunciando ya la manipulación occidental de la política internacional, cuyas instituciones, como la misma ONU, son "occidentales" y han sido creadas y organizadas para la extensión y protección de los intereses occidentales, y cuyos valores, como la noción de derechos humanos, no son más que pretextos para la ingerencia en asuntos internos y el predominio de Occidente.

Todo esto es muy sugestivo y en realidad parece estar sucediendo: así ha interpretado la guerra del golfo Pérsico gran parte de la opinión islámica y también así se defienden los países que más incurren en violación de derechos humanos, aduciendo que son naciones "occidentales" que no les son propias. Muchos ven confirmación de esta tendencia en la agitación hindú en la India y por supuesto, en el fundamentalismo que se extiende por el mundo islámico. Igualmente, muchos interpretan de esta manera la quiebra de la antigua Yugoslavia, donde Huntington ve la confrontación de tres "civilizaciones" históricas, que vuelve a surgir por las fallas mal encubiertas del mapa político de la Europa moderna.

Conclusiones desorientadas

Sin embargo, la tesis de Huntington no acierta a dar con la causa de la creciente rebelión del mundo no occidental, ni con la verdadera tendencia de su evolución. En efecto, el mismo Huntington no ve más que una tendencia anti-occidental por parte de las otras "civilizaciones" que, como la "islámica" y la "confuciana", tienden a unirse en su común deseo de subvertir la hegemonía de la "occidental". Pero ¿no hay acaso entre esas dos civilizaciones diferencias culturales tan antitéticas como las que las separan de la "occidental"? Si se unen contra Occidente ¿no es porque persiguen unos intereses políticos y económicos comunes, a pesar de sus diferencias culturales? En realidad un examen cuidadoso de esas civilizaciones indica profundas divisiones políticas dentro de cada una de ellas, y en cambio una preocupación cada vez más intensa por objetivos económicos y de desarrollo; todo ello contradice plenamente el supuesto básico de la tesis de Huntington.

Por el contrario, lo que vemos es cómo continúa con fuerza arrolladora la "occidentalización" cultural del mundo entero. Es evidente en todos los planos y los especialistas de las "otras civilizaciones" son los que analizan los esfuerzos "confucionistas" y el fundamentalismo islámico, precisamente como una reacción contra esa invencible transformación cultural de sus sociedades. Especialistas orientales e islámicos son unánimes al ver en esos movimientos y otros similares, no una afirmación cultural sino una reacción contra la "modernidad", casi estructuralmente defi-

nida en términos nacionalistas y fuertemente alimentada por las dificultades que experimentan sus instituciones políticas de corte occidental, ante el embate de la recesión económica global y la revolución migratoria del campo hacia las ciudades.

Lo curioso del asunto y la prueba de esta interpretación es que sus reacciones “anti-occidentales” son profundamente occidentales y ajenas a la tradición cultural de sus respectivas “civilizaciones”. Los gobiernos y movimientos políticos no occidentales que pretextan estar sacudiéndose este yugo cultural, naturalmente se empeñan en relativizar los valores que constituyen la “civilización” occidental. China e Irán hablan de no comprender el concepto occidental de derechos humanos, pero ¿tienen algo que ofrecer a cambio que no sea la justificación de un régimen totalitario y dictatorial? Sus “Estados”, su organización administrativa, su economía y su comercio exterior, hasta sus “ideologías” están fuertemente marcadas por su occidentalización. ¿Querría China volver a la estructura política de la época de Confucio? ¿Acaso la revolución de 1911 no se hizo en contra del mandarinate confuciano y en nombre de ideales occidentales de “nación”, “independencia”, “república” y “constitución”? Incluso el término “pueblo” (*ren min*) es de moderno cuño y un concepto occidental. La revolución comunista china (1927-1949) estuvo basada, como la de los Tai Ping en el siglo pasado, en una fuerte doctrina anticonfuciana. Los esfuerzos “confucionistas” del Guö-Min-Tang fracasaron rotundamente y su motivación política fue ruidosamente denunciada. Incluso Liu Shao-chi fue acusado de confucianismo durante su tristemente célebre purga, y durante la lucha de la Banda de los Cuatro contra Zhou En-lai, éste era simbólicamente atacado en oscuras diatribas contra Confucio, que aparecían sistemáticamente en la prensa para desconcierto de la comunidad diplomática en Pekín.

Todavía más confusa es la situación cultural de los países islámicos. Conocemos la atracción que ejerce el fundamentalismo por múltiples razones sociales y políticas, entre las que no debemos subestimar la crisis de sus respectivos modelos de secularización, aparentemente incapaces de resolver los problemas económicos y sociales que aquejan a amplios sectores de sus poblaciones, problemas que se ven agravados por la situación económica mundial que ni siquiera los países industrializados saben resolver satisfactoriamente. Sin embargo, el fundamentalismo tiene bien poco que ofrecer, salvo quizá una profunda satisfacción religiosa, y lo que propone políticamente son nociones occidentales: nacionalismo exacerbado, totalitarismo político y centralismo económico a ultranza.

No es ésta la primera vez que en Occidente hemos sufrido situaciones semejantes. También la Primera Guerra mundial condujo a una crisis del sistema democrático, en la que no sólo se denigraba y se despreciaba el sistema liberal y la representatividad parlamentaria, en favor de fórmulas más eficaces de centralismo y

totalitarismo económico y político, sino que además, se relativizaron valores tan importantes como la dignidad humana y los derechos fundamentales del hombre, en favor de nociones colectivistas como el pueblo-nación, la raza superior y la iluminación hegeliana del caudillo. Después de la Segunda Guerra mundial hemos seguido combatiendo contra la dictadura comunista en la antigua Unión Soviética, donde también se relativizaban los derechos fundamentales y la tolerancia constitucional en pos de la fe marxista, de la dictadura del proletariado y la eventual consecución de una auténtica sociedad sin clases, que llegaría al fin de la Historia. No es pues, el momento de dejarnos engañar otra vez con relativizaciones culturales de nuestros valores.

Podrá haber quien legítimamente se queje de la occidentalización política y cultural del mundo entero y quien añore un pasado más pintoresco pero ya remoto.

El colonialismo a través del que se esparció esa occidentalización, movida por fuertes motores económicos y tecnológicos, ha sido superado precisamente por conceptos políticos occidentales de independencia, nacionalismo y libertad, que frecuentemente fueron acompañados de versiones no menos occidentales en su política interior, como ha sido el socialismo indio, el comunismo en China y Vietnam, o versiones indígenas de uno y otro, como intentaron Sukarno, Nasser, Mossadeq, Nkruma y tantos otros.

Que no vengan ahora pretextando diferencias culturales para defenderse del inmenso movimiento democrático que sopla sobre todo el universo. No puede negarse la importancia de la dimensión cultural de la política internacional y en este sentido, la llamada de atención que hace Huntington es provechosa, sobre todo en su país, donde siempre ha existido una peligrosa tendencia a desconocerla. Sin embargo, el futuro no estará determinado por supuestos conflictos culturales, sino por las motivaciones que siempre han movido al mundo en torno a los intereses económicos y políticos de sus protagonistas; que éstos hayan estado frecuentemente presentados bajo una cobertura cultural no es ninguna novedad.

Realidad de los conflictos futuros

Lo que en realidad Huntington está intentando es encontrar una explicación a lo que estamos viendo en nuestros días: el creciente desorden internacional que ha sucedido al orden impuesto por EE UU y la URSS durante su confrontación global y total. La primera consecuencia del término de esta confrontación ha sido la liberación de multitud de centros políticos dotados de una creciente paridad de fuerzas (económica, técnica y militar) y enfrentados por la también creciente globalización de las comunicaciones y la economía.

La independencia y paridad de fuerzas de tantos países en el mundo entero, que súbitamente han sustituido a la confrontación

global de superpotencias que antes los contenían, los está tentando a lanzarse a conflictos regionales de gran intensidad –como es el triste caso de la antigua Yugoslavia– y plantea serios problemas militares y políticos a los países occidentales.

Militarmente, los países occidentales se enfrentan con una creciente dificultad para contener y limitar esos conflictos regionales. Sus fuerzas armadas no han estado dirigidas contra ese tipo de guerras y su objetivo no está claramente definido. En efecto, las fuerzas armadas de los países occidentales están estructuradas, organizadas, armadas y entrenadas para un inmenso conflicto global de tierra, mar y aire, con estrategias continentales y un eventual empleo del arma nuclear. Incluso las mismas armas que se han desarrollado durante todos estos años están diseñadas con ese fin y con esas características.

Tiene razón Huntington al señalar que esta situación supone un reto a la posición relativamente dominante de los países occidentales. La paridad de fuerzas de los países occidentales en relación con los no occidentales es cada vez más evidente. De aquí la preocupación occidental por impedir la proliferación de armas nucleares, químicas y bacteriológicas no menos que la de la tecnología de misiles, frente al apetito cada vez más exacerbado por adquirirlas de los no occidentales.

La misma creciente paridad se extiende al terreno económico, como se puede observar en las complejas y prolongadas negociaciones de la Ronda Uruguay del GATT.

Esta paridad económica tiene graves consecuencias militares para Occidente. No sólo la tecnología y los sistemas de armas que genera están cada vez más al alcance de países no occidentales, también ocurre que los occidentales están cada vez más constreñidos por la “disuasión económica” que supone la multiplicación geométrica de los gastos militares.

La respuesta lógica a esta situación sería un gobierno global. Si nos pudiera observar un ente extraterrestre no dejaría de sorprenderle que la creciente globalización de todos los aspectos de la vida terrícola, en andas de la revolución de las comunicaciones y de la información de nuestros días, vaya acompañada de una creciente división y multiplicación de los entes políticos que la rigen. Lo lógico sería que los problemas planteados por la independencia y paridad de los entes que han liberado el término de la confrontación global de superpotencias, fuese ahora resuelto por una entidad supranacional como la ONU.

Ahora que la desaparición de la URSS ha permitido que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas funcione como estaba previsto en la Carta fundacional, muchos pensaron que así sería, en efecto. El mismo Huntington, sin embargo, reconoce en su debatido artículo que los Estados, tal y como están configurados hoy, al estilo del “Estado-nación” seguirán controlando, por ahora, el futuro político del mundo. Así está sucediendo y con ello, asisti-

mos con preocupación a la aparente limitación de la efectividad del Consejo de Seguridad: las Naciones Unidas no tendrán previsiblemente en el futuro otra fuerza que la prestada por los países miembros. Su gran número, la paridad de fuerzas que caracteriza cada vez más al conjunto, la resistencia de los grandes a ceder su influencia a órganos internacionales y el temor de los pequeños a un exceso de su intervención no auguran un funcionamiento adecuado. Los proyectos para constituir una fuerza internacional permanente, sugeridos por el secretario general Butros Gali y otros, no han sido bien recibidos y no tienen visos de cuajar. Esta conclusión anuncia que en el futuro haremos de esperar una situación indefinida de continuo desorden internacional, que en el mejor de los casos iremos conteniendo con soluciones *ad hoc*, probablemente cada vez más en manos de organizaciones regionales o de coaliciones específicas, como la que se produjo para la guerra del Golfo, actuando bajo la legitimación de las Naciones Unidas.

La difusión del poder, la creciente paridad e independencia de fuerzas de tantos países en el mundo entero, alentará un gran número de conflictos y dificultará ampliamente la capacidad occidental para prevenirlos o remediarlos en direcciones democráticas. No serán tanto las diferencias culturales entre "civilizaciones" las que marquen las quiebras del nuevo desorden internacional como los conflictos de intereses, que al calor de una difusión del poder y de una creciente paridad de fuerzas, los protagonistas del mundo internacional se sentirán inclinados a defender por la fuerza o la intimidación, no sólo en conflictos armados sino también en "guerras económicas".

El problema que se plantea a los países occidentales tanto como a los países no occidentales será asegurar una transición pacífica y negociada de sus crecientes diferencias. Aquí sí que se presenta un peligro real, ya que a la evolución económica del mundo entero corresponde una evolución política no menos diferenciada en grados.

Los países plenamente desarrollados están sufriendo una evolución que algunos caracterizan con el antiguo término de "post-industrial" y en la que se progresan hacia una menor producción que responde a una disminución del consumo, ahora dotado de una selectividad mucho mayor que permite y alienta la revolución de las comunicaciones y la información. Las consecuencias políticas, sociales y culturales son ya evidentes: el nacionalismo, como factor de cohesión política y laboral de una economía industrial, es una ideología que sólo invocan minorías extremistas; a la reducción de la masificación de la producción y el consumo y a la globalización de la economía corresponde una ideología que trasciende el nacionalismo excluyente de antaño; en pos de esta evolución ideológica, el Estado-nación se ve diluido por estructuras mayores, como la Unión Europea y la OTAN, o por estructuras regionales y locales que reclaman la "desmasificación" de la políti-

ca. Gracias a la globalización de la economía por un lado y la “localización” de la política por otro –ambos consecuencia de la revolución de las comunicaciones y de la información– el Estadonación construido en el pasado siglo y característico del nuestro, está cediendo paso hacia formaciones por encima y por debajo del nivel estrictamente nacional.

En cambio, otras partes del mundo, profundamente afectadas por la colonización occidental, iniciaron a mediados de este siglo el mismo camino recorrido por el nuestro en el siglo anterior, y en pos de la doctrina del desarrollo están constituyendo Estados-naciones que persiguen los mismos fines que los nuestros anteriores, y también empleando los mismos medios. De esta manera, a la creciente industrialización y masificación de su economía acompaña un creciente nacionalismo, cuya exacerbada intensidad puede derivar a commociones interiores, guerras civiles y étnicas, o a conflictos con sus vecinos igualmente nacionalistas. Es paradójico que el nacionalismo de este “segundo mundo” cuyo origen es tan señaladamente occidental se oriente ahora en contra de Occidente; sus necesidades industriales y nacionales chocan de manera cada vez más patente con las necesidades “posindustriales” del nuestro. Las primeras necesidades conducen a mercados centralizados y protegidos, mientras que las segundas exigen unos mercados mundiales libres y abiertos a la competencia. Los primeros emplean el nacionalismo y la configuración de Estados fuertemente centralizados contra las doctrinas de mercados globales y liberalismo económico de los segundos. El conflicto no es diferente al que en el siglo pasado enfrentaba a las naciones industrializadas, como Gran Bretaña, contra las que aún tenían una economía rural, como España. Mientras la más avanzada difundía la apertura de mercados, las otras se debatían por formar un capital que permitiera su industrialización, sólo posible tras una protección arancelaria.

El conflicto es ya patente en el mundo de hoy en varios campos: la lucha por los recursos naturales, incluso el agua, y la protección de la ecología mundial. El Primer Mundo intenta extender su hegemonía sobre recursos que le son necesarios como es notablemente el petróleo. El resto sufre las consecuencias de las medidas internacionales de protección de la naturaleza que impiden su desarrollo. Por último, el crecimiento demográfico desenfrenado no hará más que exacerbar estos conflictos de intereses: no solamente alimentan el creciente nacionalismo anti-occidental de los países del segundo mundo, sino que causan movimientos masivos de refugiados y de emigrantes que claman a las puertas del nuestro. Así pues, no son las diferencias culturales entre civilizaciones, como pretende Huntington, sino los intereses económicos y políticos que siempre han sacudido al mundo, los que están en el corazón de los conflictos futuros contra los que nos enfrentaremos. No es el islam aliado con Confucio el que se rebela contra el

helenismo judeo-cristiano de Occidente, sino sus intereses económicos cada vez más potenciados por su desarrollo y exacerbados por su crecimiento demográfico los que impelen al mundo no occidental hacia un creciente desafío de la hegemonía política, económica, ética y cultural del mundo occidental. De todas maneras, no tenemos por qué caer en el pesimismo que apunta Huntington. No hay ninguna razón que permita suponer que el reto con que se enfrenta el mundo occidental tenga que resolverse en su contra.

Culturalmente lo que se va a ventilar en el mundo será la convicción ideológica de los valores democráticos: igualdad de los hombres ante la ley, respeto de la autoridad por la dignidad humana; derechos fundamentales del hombre socialmente constituidos; tolerancia constitucional en el manejo de las diferencias políticas e ideológicas; y gobiernos de mayorías electorales con respeto a las minorías de todo tipo. La fuerza de estas ideas va mucho más allá que las reacciones antimodernas supuestamente culturales y religiosas y sus respectivas presentaciones nacionalistas.

El desarrollo económico y social del mundo también apunta hacia ese resultado. No hay “civilización” que no esté empeñada igualmente en su desarrollo económico, aunque no sea más que por detener y superar a Occidente; pero ese desarrollo, dada la globalización económica del mundo, pasa necesariamente por una economía de mercados libres que, a su vez, exige un sistema político también libre, precisamente basado en las ideas “occidentales” que definen la “modernidad”. Además, ese desarrollo genera y consolida unas clases sociales cuyos intereses, de todo tipo, coinciden con esas ideas en contra de la reacción antimoderna que predomina en los movimientos supuestamente “anti-occidentales” de “otras civilizaciones”.

Todo permite suponer que si el mundo occidental es consciente del verdadero carácter de la conflictividad del futuro, y tiene la voluntad necesaria para desempeñar su papel, como la ha tenido en el pasado, sepa también superar estas dificultades y presidir con serenidad la globalización política, económica y cultural hacia la que se encamina el mundo. Probablemente el precio de esta evolución tenga que ser la pérdida de su actual hegemonía, pero este cambio de posición no significa un peligro real si se realiza en un contexto evolutivo. El problema radicará en encontrar soluciones equitativas y conseguir su aprobación universal.